

Pensando peligrosamente: el rol de la Educación Superior en tiempos autoritarios

Thinking Dangerously: The Role Of Higher Education In Authoritarian Times

Henry Giroux¹ | Traducción: Laura Proasi²

Resumen

En este momento, se hace particularmente importante para los educadores y los ciudadanos preocupados de todo el mundo proteger y expandir las culturas educativas críticas y formadoras y las esferas públicas que hacen posible la democracia. Los periódicos alternativos, los medios progresistas, las culturas audiovisuales, los medios en línea y otros sitios y espacios educativos en los cuales se producen las pedagogías públicas constituyen los elementos políticos y educativos de una cultura crítica formadora dentro de un amplio espectro de esferas públicas.

Las culturas críticas formadoras son cruciales a la hora de producir conocimiento, valores, relaciones sociales y visiones que ayuden a nutrir y sostener la posibilidad de pensar críticamente, comprometerse con el disenso político, organizarse colectivamente y habitar espacios públicos en las que puedan desarrollarse teorías críticas alternativas. Las sociedades autoritarias son más

Summary

In the present moment, it becomes particularly important for educators and concerned citizens all over the world to protect and enlarge the critical formative educational cultures and public spheres that make democracy possible. Alternative newspapers, progressive media, screen culture, online media and other educational sites and spaces in which public pedagogies are produced constitute the political and educational elements of a vibrant, critical formative culture within a wide range of public spheres. Critical formative cultures are crucial in producing the knowledge, values, social relations and visions that help nurture and sustain the possibility to think critically, engage in political dissent, organize collectively and inhabit public spaces in which alternative and critical theories can be developed.

Authoritarian societies do more than censor; they punish those who engage in what might be called dangerous thinking. At the core of thinking dangerously is

que censoras; castigan a aquellos que se involucran en lo que podría llamarse pensamiento peligroso. En el corazón del pensamiento peligroso está el reconocimiento de que la educación es central para la política y que la democracia no puede sobrevivir sin ciudadanos informados.

Palabras claves: Educación Superior; pedagogía crítica; esfera pública; culturas educativas críticas; democracia

the recognition that education is central to politics and that a democracy cannot survive without informed citizens.

Key Words: Higher Education; Critical Pedagogy; public sphere; critical educational cultures; democracy

Fecha de Recepción: 16/09/2017
Primera Evaluación: 10/10/2017
Segunda Evaluación: 30/11/2017
Fecha de Aceptación: 01/12/2017

¿Qué le ocurre a la democracia cuando el Presidente de los Estados Unidos etiqueta a los medios como “enemigos de la gente” y denigra la búsqueda de la verdad con un término encubierto como “noticias falsas”? ¿Qué le ocurre a la democracia cuando las personas y los grupos son demonizados por su religión? ¿Qué le ocurre a una sociedad cuando el pensamiento crítico se convierte en objeto de desprecio? ¿Qué le ocurre al orden social gobernado por los economistas del desprecio que culpan a los pobres por su condición y los someten a la cultura de la vergüenza?

¿Qué le ocurre a un sistema gubernamental cuando se repliega sobre el sector privado y se hace indiferente al uso del lenguaje utilizado al servicio de la ira –lenguaje que aviva el odio pero ignora cuestiones que realmente importan? ¿Qué le ocurre al orden social cuando trata a millones de inmigrantes indocumentados como desechables, terroristas potenciales y “criminales”? ¿Qué le ocurre a un país cuando los principios rectores de su sociedad son la violencia y la ignorancia?

Lo que ocurre es que la democracia se apaga y muere, tanto como ideal como realidad.

En este momento, se hace particularmente importante para los educadores y los ciudadanos preocupados de todo el mundo proteger y expandir las culturas educativas críticas y formadoras y las esferas públicas que hacen posible la democracia. Los periódicos alternativos, los medios progresistas, las culturas audiovisuales,

los medios en línea y otros sitios y espacios educativos en los cuales se producen las pedagogías públicas constituyen los elementos políticos y educativos de una cultura crítica formadora dentro de un amplio espectro de esferas públicas.

Las culturas críticas formadoras son cruciales a la hora de producir conocimiento, valores, relaciones sociales y visiones que ayuden a nutrir y sostener la posibilidad de pensar críticamente, comprometerse con el disenso político, organizarse colectivamente y habitar espacios públicos en las que puedan desarrollarse teorías críticas alternativas.

Las sociedades autoritarias son más que censoras; castigan a aquellos que se involucran en lo que podría llamarse pensamiento peligroso. En el corazón del pensamiento peligroso está el reconocimiento de que la educación es central para la política y que la democracia no puede sobrevivir sin ciudadanos informados.

El pensamiento crítico y peligroso es la precondition para nutrir a la imaginación ética que permite que ciudadanos comprometidos aprendan cómo gobernar en vez de ser gobernados.

Pensar con coraje es fundamental para la idea de alfabetización cívica que considera al conocimiento como central para alcanzar la justicia política y económica. Ese tipo de pensamiento incorpora una serie de valores que permiten a un gobierno lidiar críticamente con los usos y defectos del poder, particularmente a través del sentido desarrollado de la compasión por los

demás y por el planeta.

Pensar peligrosamente es la base para una cultura formadora y educativa cuestionadora que considere seriamente cómo la imaginación es la clave para la práctica de la libertad.

Pensar peligrosamente no es sólo la piedra angular de la crítica y la ciudadanía comprometida, además es la base de una democracia que funciona.

La Educación y el problema de la liberación

Cualquier intento viable de desarrollar políticas democráticas debe comenzar con atender el rol de la educación y el de la alfabetización cívica como central dentro de la política misma. La educación además es vital en la formación de personas capaces de convertirse en agentes sociales críticos dispuestos a luchar contra las injusticias y desarrollar instituciones que son cruciales para el funcionamiento de una democracia real.

Una manera de comenzar con ese tipo de proyecto es tener en cuenta el significado y al rol de la Educación Superior (y de la educación en general) como parte de un problema más amplio en pos de la libertad.

El alcance de la educación abarca desde las escuelas hasta dispositivos culturales diversos como los medios masivos de comunicación, culturas alternativas audiovisuales y la cultura audiovisual en expansión. Más allá del método de enseñanza, la educación es una práctica moral y política activamente involucrada no solamente en la producción

de conocimiento, habilidades y valores, sino también en la construcción de identidades, modos de identificación, y formas de acción individual y social. Por consiguiente, la educación es el corazón de cualquier comprensión de la política y el andamio ideológico de aquellos mecanismos marco que interceden en nuestra vida diaria.

En todo el mundo, las fuerzas del fundamentalismo de libre mercado están usando el sistema educativo para reproducir la cultura de la privatización, la desregulación y la comercialización mientras dirigen un ataque contra los derechos sociales históricamente garantidos y los derechos civiles que otorga el estado de bienestar, la Educación Superior, los sindicatos, los derechos reproductivos y las libertades civiles.

Al mismo tiempo, estas fuerzas debilitan la fe en las instituciones que caracterizan a la democracia.

Esta realidad nefasta fue descrita por Axel Honneth en su libro *Patologías de la Razón* como una “Sociabilidad fallida” característica de un número creciente de sociedades en las cuales la democracia está declinando -- una falla en el poder de la imaginación cívica, en la voluntad política y en la democracia abierta.

También es parte de la política que desnuda lo social de cualquier ideal democrático y socava cualquier comprensión de la educación como bien público y a la pedagogía como práctica empoderadora: una práctica que puede actuar directamente sobre las condiciones que accionan con

fuerza sobre nuestras vidas para poder cambiarlas cuando sea necesario.

Como señala Chandra Mohanty:

En su mayor ambición, la pedagogía crítica es un intento de llevar a los estudiantes a pensar críticamente sobre su lugar en relación al conocimiento que obtienen y de transformar su manera de ver el mundo fundamentalmente tomando seriamente las políticas del conocimiento. Es una pedagogía que intenta unir conocimiento, responsabilidad social y problemas colectivos. Y lo hace enfatizando en los riesgos que la educación supone, las luchas para el cambio institucional, y las estrategias para formas desafiantes de dominación creando esferas públicas más equitativas y justas dentro y fuera de las instituciones educativas.

En esencia, la pedagogía crítica señala cuestiones sobre cómo debe ser entendida la educación como práctica moral y política, y no simplemente como una práctica técnica. Aquí está en juego la cuestión del significado y propósito por los cuales los educadores colocan a las condiciones pedagógicas en su lugar para poder crear una esfera pública de ciudadanos que sean capaces de ejercer el poder sobre sus propias vidas. La pedagogía crítica se organiza en torno a las luchas por sobre la acción, los valores y las relaciones sociales dentro de contextos diversos, recursos e historias.

Apunta a formar estudiantes que puedan pensar críticamente, que sean considerados en relación a los otros, que tomen riesgos, que piensen

peligrosamente e imaginen un futuro que se extienda y se profundice en lo que debe ser una ciudadanía comprometida capaz de vivir en una democracia real.

¿Qué trabajo deben hacer los educadores para crear condiciones económicas, políticas y éticas necesarias para dotar a los jóvenes y al público en general de capacidad para pensar, cuestionar, dudar, imaginar lo inimaginable y defender la educación como esencial para inspirar y empoderar a los ciudadanos; cuestión necesaria para la existencia de una democracia fuerte?

Esta es una cuestión particularmente importante, en este momento, cuando la Educación Superior está siendo desfinanciada y los estudiantes son castigados con costos altísimos de matriculación y deudas financieras, mientras se los somete a una pedagogía de la represión que se ha erigido debajo de la bandera de las reformas educativas reaccionarias y opresoras impulsadas por los multimillonarios de derecha y gestores de fondos de protección.

Entender a la educación como una esfera pública democrática también es crucial como herramienta teórica y recurso político para luchar en contra de los modos neoliberales de gobierno que han reducido, en las facultades de todos los Estados Unidos, a trabajadores de tiempo parcial con pocos o ningún beneficio.

Estos trabajadores soportan el embate tanto de la explotación como del desempoderamiento.

Los educadores necesitan un Lenguaje Nuevo para la Era actual

Dada la crisis de la educación, acción y memoria son las que acechan a la coyuntura histórica actual; los educadores necesitan un lenguaje nuevo para atender a los contextos cambiantes del mundo en el cual una convergencia de recursos sin precedentes –financieros, culturales, políticos, económicos, científicos, militares y tecnológicos- se están utilizando crecientemente para ejercer formas de control y dominación diversas y poderosas. Tal lenguaje tiene que ser autorreflexivo y directivo sin ser dogmático; y tiene que reconocer que la pedagogía es siempre política porque está conectada con la acción.

En este punto, hacer lo pedagógico más político significa estar atentos a lo que Gary Olson y Lynn Worsham describen como “cada vez que se producen identidades y se constituyen grupos o se crean objetos”.

Al mismo tiempo esto significa que los educadores tienen que estar atentos a esa clase de prácticas en las que se niegan los modos críticos de acción y las identidades individuales.

En parte, esto sugiere que el desarrollo de prácticas educativas que no sólo inspiran y potencian a la gente, sino que son también capaces de desafiar a un número creciente de prácticas y políticas antidemocráticas bajo la tiranía global del capitalismo de casino.

Tal visión requiere que imaginemos una vida más allá del orden social inmerso en una inequidad masiva, daños

sin fin al medioambiente, y la elevación de la guerra y la militarización al lugar de los ideales nacionales más altos. Bajo tales circunstancias, la educación se hace más que una obsesión con numerosos diseños.

Con el plan de rendición de cuentas y el adalid de una cultura de auditoría (cultura caracterizada por su llamada a ser objetiva y desenfrenada con énfasis en el empirismo) Las culturas de auditoría apoyan políticas educativas conservadoras dirigidas por los valores de mercado y por una inmersión irreflexiva en la cruda racionalidad de una sociedad manejada por un mercado obsesionado con los datos. Así están en desacuerdo con cualquier idea viable de educación democrática y de pedagogía crítica. Además, el considerar a la Educación Superior como esfera democrática pública, requiere rechazar la idea de que ellas deberían ser reducidas a espacios en donde se entrene a estudiantes para sumar a la fuerza de trabajo -una visión reducida- que está siendo impuesta a la educación pública por parte de compañías de tecnología de punta. Compañías como Facebook, Netflix y Google que quieren propiciar lo que ellas llaman “misión empresarial de la educación”, lo cual es la clave para que la educación caiga en un mero entrenamiento.

La educación puede convertirse muy fácilmente en forma de violencia simbólica e intelectual que tiene como objetivo atacar más que educar. Ejemplos de dicha violencia pueden verse en las formas en que la cultura de auditoría y

la enseñanza dirigida por el empirismo dominan la Educación Superior. Estos proyectos educativos equivalen a las pedagogías de la represión y sirven, en primer lugar, para anestesiar y para producir lo que llamaríamos las zonas muertas de la imaginación.

Son pedagogías disciplinarias y tienen poca consideración para con los contextos, la historia, la construcción de un conocimiento significativo, o expandir lo que significa contar con estudiantes como agentes críticos comprometidos. Por supuesto que la corporativización de la universidad que se está llevando a cabo está dirigida por formas de evaluación que a menudo cercenan la autonomía docente y tratan al conocimiento como un commodity y a los estudiantes como clientes, imponiendo estructuras de gobierno brutales sobre la Educación Superior. Bajo tales circunstancias, la educación falla en sus obligaciones democráticas y se convierte en una herramienta de control y se encuentra desvalorizada provocando la muerte de la imaginación.

El desafío fundamental que enfrentan los educadores, en la presente Era del autoritarismo emergente en todo el mundo, es crear espacios públicos para los estudiantes para poder abordar cómo el conocimiento está relacionado con el poder y con la acción social. En parte, lo que esto nos sugiere, es proveerles las habilidades, ideas, valores y la autoridad necesaria para que no sólo estén bien informados y sean expertos en una cantidad de tradiciones y disciplinas, sino que además sean capaces de poner

mucho en una democracia real. En este contexto, los estudiantes aprenden a reconocer las formas de poder antidemocráticas. Pueden aprender además a luchar contra las injusticias fuertemente arraigadas en la sociedad y en el mundo basadas en un sistema económico, racial y de inequidades de género.

En este sentido, la educación nos habla del reconocimiento de que cualquier práctica pedagógica presupone una noción de futuro, prioriza formas de identificación sobre otras y valora unas formas de conocimiento sobre otras. (Piensen cómo las facultades de economía son muy bien consideradas mientras que las de profesorado son denigradas) Es más, ese tipo de educación no ofrece garantías. En cambio, reconoce que sus propias políticas, ideología y valores están basados en formas particulares de autoridad; valores y principios éticos que deben ser constantemente debatidos por las maneras en las que ambos facilitan y clausuran las relaciones democráticas, los valores y las identidades.

La idea de una educación neutral y objetiva es un contrasentido. La educación y la pedagogía no existen fuera de la ideología, los valores y la política. La ética, cuando se trata de educación, demanda una apertura hacia el otro, la voluntariedad de comprometerse con las “políticas de posibilidad” a través de un compromiso crítico continuo con los textos, las imágenes, las actividades y otros registros de sentido a medida que se van transformando en prácticas

pedagógicas dentro y fuera de la clase.

La educación nunca es inocente: siempre está implicada en relaciones de poder y en visiones específicas del presente y del futuro. Esto nos sugiere la necesidad de educadores que repiensen el bagaje cultural e ideológico que llevan a cada encuentro educativo.

Además se resalta la necesidad de formar educadores ética y políticamente responsables y autoreflexivos en las historias que producen, en los reclamos que hacen a la memoria pública y a las imágenes de futuro que consideran legítimas. En este sentido, la educación no es un antídoto para la política, ni es una anhelo nostálgico de un tiempo mejor o de “un futuro alternativo inconcebible”. En cambio, es lo que describe Terry Eagleton en su libro “La Idea de la Cultura” como “intento de encontrar un puente entre el presente y el futuro en aquellas fuerzas dentro del presente que son potencialmente capaces de transformarlo”.

Uno de los desafíos más serios que enfrentan los gestores, las facultades y los estudiantes en los institutos terciarios y en las universidades es la tarea de desarrollar un discurso que sea tanto crítico como posible. Esto significa tener que llevar a cabo discursos y prácticas pedagógicas que conecten la lectura de la palabra con la lectura del mundo; haciéndolo de manera que potencien las capacidades de los jóvenes para ser ciudadanos críticos y comprometidos.

Resucitando la Imaginación Social

Los educadores, estudiantes y todos aquellos preocupados por el destino de la Educación Superior tienen que dar curso a un ataque fuerte contra la toma de poder gerencial de la universidad que comenzó a fines de los años 70 con el surgimiento de una ideología dirigida por el mercado, lo que puede llamarse neoliberalismo. La misma sostiene que los principios del mercado deben regir no sólo sobre la economía sino también sobre la vida social incluyendo a la educación. Para lo cual es central el reconocimiento como necesario para luchar contra un sistema universitario desarrollado en torno a la reducción del poder de las facultades y sus estudiantes, el reemplazo de la cultura de la cooperación y compañerismo por una cultura devoradora y competitiva; el surgimiento de una cultura de auditoría que ha producido una idea muy limitada de la regulación y de la evaluación; y la visión acotada y peligrosa de los estudiantes como clientes y de que los terciarios “deben funcionar más como empresas privadas que como instituciones públicas con responsabilidad sobre las generaciones venideras” como lo señala Richard Hill -académico australiano- en su artículo “Contra la Universidad Neoliberal”.

Además, existe la necesidad urgente de garantías en puestos de trabajo de tiempo completo y de protecciones para las facultades considerando al conocimiento como un activo público y a la universidad como un bien común.

Con estas cuestiones en mente, permítanme concluir señalando seis puntos para el cambio.

Primero, existe la necesidad de lo que nosotros llamamos un resurgimiento de la imaginación social y la defensa del bien común, especialmente ligado a la Educación Superior para poder reclamar su fuerza igualitaria y democrática.

Este resurgimiento sería parte de un proyecto más amplio como lo plantea Stanley Aronowitz en Tikkun: “reinventar la democracia en el despertar de la evidencia que, a nivel nacional, no existe la democracia – si por democracia entendemos la participación popular efectiva en las decisiones cruciales que afectan a la comunidad”.

Un paso en esta dirección sería que los jóvenes, los intelectuales, los académicos y otros conformen la ofensiva contra lo que Gene R. Nichol describe como el lema de campaña conservadora “terminar con la influencia de democratización de la Educación Superior sobre la Nación”. La Educación Superior debe hacerse oídos de las demandas del Estado de Bienestar más que de las necesidades instrumentales de las corporaciones. Claramente, en cualquier sociedad democrática, la educación debe ser considerada como un derecho no como un privilegio.

Los educadores tienen que propiciar un discurso nacional en el cual la Educación Superior pueda ser defendida como bien público y la clase como lugar para establecer la indagación y el pensamiento crítico; un lugar que reclame la imaginación radical y que

construya el sentido del valor cívico. Al mismo tiempo, el discurso para definir la Educación Superior como una esfera democrática pública debería ser la plataforma para avanzar hacia una cuestión más importante que es la de dar curso a una movimiento social en defensa del bien común.

En segundo lugar, creo que los educadores tienen que definir la pedagogía, si no la educación en sí misma, como cuestión central para poder producir esas esferas democráticas públicas que alberguen una ciudadanía informada. Pedagógicamente, esto apunta a modos de enseñar y aprender capaces de reestablecer y sostener una cultura del cuestionamiento, activando el avance de lo que Kristen Case llama “momentos de gracia en la clase”. Los momentos de gracia en este contexto son entendidos como momentos que le permiten a la clase convertirse en un lugar para pensar críticamente, para hacer preguntas cuestionadoras y correr riesgos, a pesar de que eso pueda significar el transgredir las normas establecidas y los procedimientos burocráticos.

Las pedagogías de gracia en la clase deben establecer las condiciones para que los estudiantes reflexionen críticamente en consonancia con la comprensión del mundo y así comenzar a cuestionar su propia idea de acción, de las relaciones con otros, y de las relaciones con el mundo. Esto se puede asociar con imperativos pedagógicos mayores que cuestionan porqué se producen las guerras, la inequidad masiva, y el Estado

de Vigilancia. Está presente también la cuestión de cómo todo se ha convertido en mercancía concomitantemente con la destrucción de las políticas de conversión que previene el colapso de lo público en lo privado. Esto no es simplemente una consideración metódica, sino es también una práctica política y moral porque presupone el desarrollo de estudiantes críticos comprometidos que puedan imaginar un futuro en el que importen la justicia, la equidad, la libertad y la democracia.

Este tipo de prácticas pedagógicas son ricas en posibilidades para comprender la clase como un espacio que rupturice, que comprometa, perturbe e inspire. La educación como espacio democrático público no puede existir bajo formas de gobierno dominadas por un modelo de negocios, especialmente uno que someta a las facultades a un modelo Walmart de relaciones laborales designadas “para reducir los costos laborales e incrementar el servilismo laboral” como lo plantea Noam Chomsky.

En los Estados Unidos, más del 70% de los puestos en las facultades son de tiempo parcial, muchos sin beneficios y con salarios muy bajos que hasta califican para el programa de cupones de alimentos.

Se les deben otorgar más seguridad, empleo de tiempo completo, autonomía y el apoyo que necesitan para desarrollarse como profesionales. Si bien muchos otros países no copian este modelo de servilismo facultativo, que es parte del legado neoliberal, está adquiriendo fuerza de manera creciente en todo el

mundo.

Tercero, los educadores tienen que desarrollar un programa educativo abarcativo que incluya a los estudiantes de profesorado en la idea de cómo vivir en un mundo signado por múltiples formas de alfabetización solapada yendo de la cultura impresa a la visual y a la cultura audiovisual. Lo que es crucial reconocer aquí es que no es suficiente enseñarles a los estudiantes a que puedan ser capaces de cuestionar críticamente la cultura audiovisual y otras formas de representaciones visuales; además deben aprender a cómo ser productores culturales. Esto nos sugiere construir esferas públicas alternativas como diarios en línea, shows para televisión, periódicos, revistas electrónicas y cualquier otra plataforma en las cuales se puedan desarrollar otras formas de representación. Tales tareas pueden realizarse movilizandolos recursos tecnológicos y las plataformas con las que los estudiantes ya están familiarizados.

Enseñarles la producción cultural también significa trabajar con un pie en los sistemas culturales existentes para poder promover ideas no ortodoxas y visiones que podrían desafiar los espacios ideológicos y afectivos producidos por la elite financiera que controla las instituciones pedagógicas públicas de América del Norte.

Lo que muchos educadores y progresistas pierden, a menudo, es que la cultura popular es una forma poderosa de educación para los jóvenes, y raramente se la considera como un

recurso de conocimiento serio. Como ha planteado Stanley Aronowitz en su libro *En contra de la escolaridad*, “los teóricos y los investigadores tienen que conectar su conocimiento de la cultura popular y de la cultura en un sentido antropológico – que es la vida diaria con las políticas educativas”.

Cuarto, los académicos, los estudiantes, los activistas, los jóvenes y sus padres deben comprometerse en la presente lucha por el derecho de los estudiantes para que se les brinde una educación libre y crítica, no dominada por los valores corporativos; y para que los jóvenes tengan su opinión en relación a su propia educación y en lo que significa expandir y profundizar la práctica de la libertad y la democracia. La educación terciaria y universitaria, si se toma seriamente como bien público, debe ser libre de costos de matrícula, al menos para los pobres, y totalmente accesible para cualquiera. Esto no es una demanda radical; países como Alemania, Francia, Noruega, Finlandia y Brasil ya les brindan este servicio a los jóvenes.

La accesibilidad a la Educación Superior es especialmente crucial en este momento cuando los jóvenes han sido dejados de lado en el discurso de la democracia. Carecen de empleo, carecen de educación, de esperanza y de cualquier atisbo de un futuro mejor del que han heredado sus padres.

Enfrentar a lo que Richard Sennett llama “el fantasma de la ineptitud”, es un recordatorio de cómo el capital financiero ha abandonado cualquier visión viable de futuro, incluyendo la de una que

apoye a las futuras generaciones. Este es un modo de política y capital que engulle a sus propios niños y vomita sus destinos a los caprichos del mercado. La ecología del capital financiero solo cree en las inversiones a corto plazo porque les otorgan devoluciones rápidas. Bajo tales circunstancias, los jóvenes que necesitan inversiones a largo plazo son considerados un lastre.

Quinto, los educadores tienen que posibilitar a los estudiantes el poder desarrollar una visión completa de la sociedad que se extiende más allá de estas cuestiones. Es sólo a través de la comprensión de relaciones más amplias y de conexiones de poder que los jóvenes y otros pueden superar la práctica desinformada, las luchas solitarias, y las formas singulares de hacer política que se han convertido en aisladas y autosaboteadoras. En resumen, moverse más allá de la orientación de una sola cuestión significa desarrollar formas de análisis que conecten los puntos histórica y relacionamente. También significa desarrollar una visión más amplia de las políticas y el cambio. La clave aquí es la idea de convertir – la cual se entiende como la necesidad de convertir los problemas privados en cuestiones públicas más extensas.

Sexto, otra situación sería que están enfrentando los educadores que creen que los terciarios y las universidades deben funcionar como esferas públicas democráticas, es la tarea de desarrollar un discurso tanto de crítica como de posibilidad, o lo que yo he llamado discurso de la esperanza educada. Al

aceptar este proyecto, los educadores deben intentar crear las condiciones que les brinden a los estudiantes la oportunidad de convertirse en ciudadanos críticos y comprometidos que tengan el conocimiento y el coraje para luchar en pos de hacer de la desolación y el cinismo poco convenientes y de la esperanza algo funcional. La crítica es crucial para romper con las presunciones de sentido común que legitiman una gran variedad de injusticias.

Pero la crítica no es suficiente. Sin un discurso de esperanza en simultáneo, puede llevar a una inmovilidad desesperante, incluso peor, a una cinismo pernicioso. La razón, la justicia y el cambio no pueden florecer sin esperanza. La esperanza habla de poder imaginar una vida más allá del capitalismo, y combina un sentido realístico de los límites con una visión idealista de demandar lo imposible.

La esperanza educada se mete en nuestras más profundas experiencias y anhela una vida de dignidad con otros, una vida en la que se hace posible imaginar un futuro que no imite el presente. No me estoy refiriendo a una idea romántica y vacía de la esperanza, sino a una idea de esperanza informada que enfrente los obstáculos y las realidades concretas

de la dominación pero que continúe la presente tarea de lo que Andrew Benjamin describe como “sostener el presente abierto y por tanto inconcluso”.

El discurso de la posibilidad busca soluciones productivas y es crucial a la hora de defender aquellas esferas públicas en las cuales los valores cívicos, la escolaridad pública y el compromiso social permitan una comprensión más imaginativa de futuro que tome seriamente las demandas de justicia, equidad y compromiso cívico. La democracia debe alentar, incluso requerir, una forma de pensar críticamente la educación – una forma que conecte equidad con excelencia, aprendizaje con ética, acción con los imperativos de la responsabilidad social y el bien común.

Mi amigo, Howard Zinn ha insistido correctamente en que la esperanza es la voluntad de “sostener, incluso en tiempos de pesimismo, la posibilidad de la sorpresa”. Para adherir a esta idea elocuente, yo diría que la historia está abierta.

Es momento de pensar de otra manera para poder actuar de otra manera, especialmente si como educadores queremos imaginar y luchar por futuros alternativos y horizontes de posibilidad.

NOTAS

1. Thinking dangerously the role of Higher Education en authoritarian times Truthout /News Analysis. June 26, 2017 <http://www.truth-out.org/opinion/item/41058-thinking-dangerously-the-role-of-higher-education-in-authoritarian-times>
2. Profesora y Licenciada en Historia por la Universidad Nacional de Mar del Plata. Especialista en Docencia Universitaria-UNMDP. Jefa de Trabajos Prácticos en la asignatura Problemática Educativa. Departamento de Ciencias de la Educación. Facultad de Humanidades. UNMDP. Es miembro del Grupo de Investigaciones en Educación y Estudios Culturales (GIEEC) y de CIMED (Centro de Investigaciones Multidisciplinares en Educación). Email: lauraproasi@gmail.com.